



(Capilla de S. Isidro, contigua á la parroquia de S. Andrés.)

RECUERDOS DE SAN ISIDRO LABRADOR.

PATRON DE MADRID.

La vida de este sencillo y modesto hijo de Madrid, cuyas eminentes virtudes y sólida piedad, aunque ejercidas en la humilde esfera de un pobre labrador, bastaron á elevarle entre los escogidos á los altares de la iglesia, y á colocarle entre sus paisanos en el rango privilegiado de Patrono y tutelar de la villa de Madrid, ha sido tantas veces trazada y comentada por los autores sagrados y profanos, y de tal modo está enlazada por los historiadores con los sucesos y tradiciones de la época de la restauracion de esta villa por las armas cristianas, que es indispensable conocerla y estudiarla para comprender en lo posible aquel período importantísimo y remoto de la vida de Madrid. En nuestra literatura histórica, no es este el único ejemplar de relacion inmediata entre las crónicas y relaciones más ó menos apasionadas de mártires y santos, de célebres santuarios y monasterios y de imágenes aparecidas, y las vicisitudes, historia y marcha política de los pueblos, y las sociedades en que aquellos brillaron: por eso el historiador español deberá tener á la vista todos los documentos de esta especie (y que por desgracia, van desapareciendo) donde á vueltas de relaciones exageradas, de milagros apócrifos, y estilo afectado y campanudo, hallará datos

preciosísimos, descripciones animadas y minuciosos detalles que explican los sucesos, las tradiciones y la filosofía de la historia.

Tal sucede en nuestro Madrid con los muchos coronistas ó entusiastas panegíricos de las célebres imágenes de nuestra Señora de la Almudena, de Atocha, de la Soledad, y del Buen Suceso, la de Jesus Nazareno, y el Cristo del Desamparo, y tal igualmente con las relaciones de la vida de algunos de sus ilustres hijos colocados por la iglesia en el rango de los santos, y entre los cuales ocupa en nuestra memoria el mas distinguido puesto el humilde labrador á quien algunos apellidan *Isidro de Merlo y Quintana*.

Desde el códice casi contemporáneo del Santo, escrito á lo que parece por *Juan Diácono* á mediados del siglo XIII, que se conservaba en la iglesia de S. Andrés, y que fué primero publicado en Flandes por el Padre Daniel Papebroquio, y despues traducido del original latino y ámpliamente comentado por el padre Fr. Jaime Bleda, hasta las reñidas y eruditas disertaciones de los señores Rosell, Mondejar, Pellicer y otros en el siglo pasado, los hechos históricos y las relaciones milagrosas del glorioso S. Isidro han sido debatidos hasta una saciedad empalagosa, pero que prueba hasta la evidencia el carácter y virtudes altamente recomendables de aquel siervo de Dios, y la simpatía y devoción que aun en vida logró inspirar á sus compatriotas.

No es de este lugar el entrar ahora en tan intrincadas controversias históricas que han suscitado aquellos diligentes escritores, así como

18 DE MAYO DE 1851.

los coronistas madrileños, los Pinelos, Dávilas, Quintanas y Baenas, sobre la autenticidad de las apariciones del piadoso labrador al rey D. Alfonso VIII en la batalla de las Navas, sus prodigiosos milagros durante su vida, ni los obrados por su intercesión después de su dichosa muerte. Tampoco pretendemos enlazar su modesta historia con la de la restauración de Madrid por D. Alonso VI en 1085 ni con la nueva acometida que hicieron los moros marroquíes al mando de Texufín y Ali en 1108. En la primera (ocurrida á lo que se cree en los mismos años del nacimiento del Santo labrador) estaría demás el atribuirle intervención alguna; en la segunda, acaecida cuando pudiera tener 26 años, le consideraremos orando al Señor por la defensa de su pueblo como le vemos aun pintado en antiguos cuadros de muestras iglesias. Para nuestro objeto basta consignar aquí las rápidas noticias de su vida que se deducen de aquellos piadosos comentarios, diciendo, que pudo ser su nacimiento hácia 1082 y su muerte en 30 de noviembre de 1117, sobre los 90 años de su edad: que hijo, según se cree, de labradores, fué labrador él mismo, y sirvió entre otros á la ilustre familia de los Vargas, en cuyos caseríos de campo vivió el Santo largo tiempo: que trabajó también de obrero ó albañil, abriendo varios pozos, según la tradición que se conserva en diferentes sitios de esta villa: que toda su vida fué una serie no interrumpida de actos de caridad, de oración y de modestia, sobresaliendo entre todos ellos su profunda devoción á Nuestra Señora bajo los títulos ó advocaciones de la Almudena y de Atocha: que vivió algun tiempo en Torre-Laguna y allí casó con María de la Cabeza, que se cree natural de la aldea de Carraquid, y que también como su esposo alcanzó por sus virtudes la canonización de la iglesia; y que honrado en fin, durante su larga carrera, por un especial favor del cielo que le hacia aparecer como Santo entre sus piadosos contemporáneos, descansó en el Señor en una edad avanzada con sentimiento general de sus convecinos y admiradores, que desde el mismo instante de su muerte empezaron á tributarle con espontáneo entusiasmo el mas tierno culto y veneración: y siendo muchos los milagros obrados por su intercesión, movieron á la santidad de Paulo V á acordar su beatificación en 14 de febrero de 1619, y posteriormente

á 12 de marzo de 1622 fué canonizado solemnemente por Gregorio XV, con cuyo motivo se celebraron grandes fiestas y regocijos.

Además de los documentos escritos, quedan en Madrid á pesar del transcurso de siete siglos, otros objetos materiales consagrados por la tradición, de los sitios en que vivió nuestro Santo, y en que obró sus notables milagros, ó de los que ocupó su precioso cuerpo después de su muerte: por último, queda este mismo venerando cadáver, entero, incorrupto, y resistente á la acción de los siglos, y á los argumentos de la incredulidad.

Entre los primeros, señalaremos tres modestos recintos, convertidos hoy en otras tantas pequeñas capillas dedicadas al Santo. Sea el primero el que se ve en la casa de los Vargas (hoy del Sr. Conde de Paredes y de Oñate) plazuela de S. Andrés, número 21. En esta antiquísima casa y al servicio de Iban de Vargas, tronco de aquella ilustre familia madrileña, es tradición constante que vivió el labrador Isidro, y la capilla ocupa una pieza baja pequeña en que se supone ocurrió su gloriosa muerte. En ella se conserva una buena imagen del Santo de tamaño natural, y se le dá culto público el día de su conmemoración.

Otra capillita existe en el patio de la casa del marqués de Villanueva de la Sagra (calle del Almendro, número 6), y es conocida por la cuadra, donde la tradición supone que guardaba el ganado el Santo doméstico de Iban de Vargas. Y otra en la calle del Aguila número 1 en la misma casa de la sacramental de S. Andrés, donde se conserva una de las arcas en que se guardó en lo antiguo el cuerpo del Santo.

La tradición también ha señalado hasta nuestros tiempos el paso del piadoso madrileño en otros sitios de esta villa y sus contornos, ya en lo que hoy es su calle mayor y entonces era estramuros de la puerta de Guadalajara, donde habia hasta hace pocos años un trozo de soportales llamados aun de S. Isidro, que se han derribado. Allí se encontraba un pozo milagroso abierto según tradición por el Santo, y otro en una casa de la calle de los Estudios contigua al colegio imperial. También se señala generalmente el sitio que ocupa hoy á la orilla opuesta del Manzanares la famosa ermita que visita este día toda la



(San Isidro Labrador y Sta. Maria de la Cabeza, pinturas existentes en su antiguo sepulcro.)

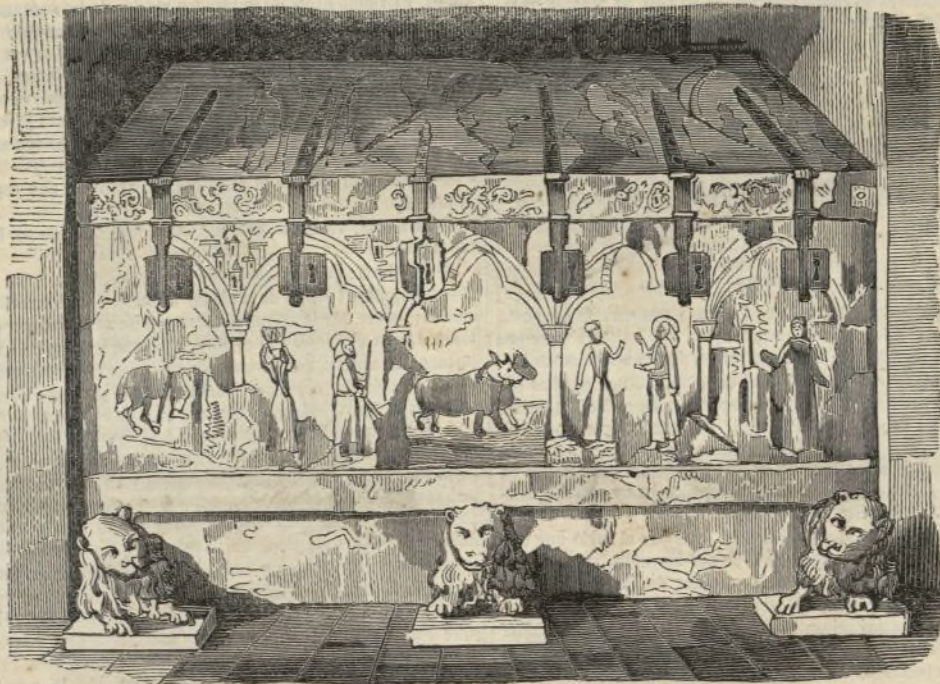
poblacion de Madrid, por ser el mismo donde hizo brotar el Santo al impulso de su hijada la fuente milagrosa á cuyas aguas se atribuye gran virtud.

Todas estas son conjeturas tradicionales mas ó menos fundadas, aunque siempre respetables por su antiquísimo origen; pero además de estas, existen otras aun mas licitas de las varias coblocaciones y vicisitudes del Santo cadáver que hoy es el objeto del culto y la veneracion del pueblo de Madrid.

Consta de aquellas historias y relaciones contemporáneas, y de las diligencias hechas para la canonizacion, que acaecida la muerte del Santo labrador como queda dicho en 1172, fué sepultado en el cementerio contiguo á la parroquia de San Andrés, en el mismo sitio en que aun se vé una reja y es hoy el suelo del presbiterio ó altar mayor de dicha Iglesia, por haberse esta agrandado posteriormente y dado diversa forma á su planta y distribucion. Unos cuarenta años parece que permaneció el cuerpo del santo en aquel sitio, hasta que en 1212, creciendo de dia en dia la devocion de los madrileños á su intervencion milagrosa,

fué solemnemente exhumado y colocado en un sepulcro digno en la capilla mayor (que entonces estaba donde hoy los pies de la iglesia). Allí es donde segun varios coronistas y con mas ó menos probabilidad, le visitó el Rey D. Alonso VIII y declaró, en vista de las facciones conservadas del Santo, ser él el mismo milagroso pastor que se le habia aparecido y conducido su ejército por las asperezas de Sierra Morena la víspera de la batalla de las Navas de Tolosa.

Atribúyese tambien al mismo monarca el origen del arca de madera, cubierta de cuero, en que se encerró el cuerpo del Santo, y que aun se conserva en el sitio mismo, aunque sumamente deteriorada, sobre unos leones de piedra y mostrando en sus frentes restos de las pinturas con que mandó adornarla el monarca, representando los milagros del Santo.—Este preciosísimo resto de venerable antigüedad escitó hace cuatro años el celo del gobierno y de la comision de Monumentos artísticos, para empeñar al ayuntamiento de Madrid á su conservacion y traslacion á sitio mas decoroso y resguardado de la humedad; y el que escribe estas líneas (como individuo de la corporacion muni-



(Antiguo sepulcro de S. Isidro en la parroquia de S. Andrés.)

cipal) en union del arquitecto de Madrid y de los Señores Zabaleta y Carderera de la comision de Monumentos, fueron encargados de llevar á ejecucion aquella idea. Reconocieron en su consecuencia los sitios y el arca; levantó el señor Pescador el plano de la nueva colocacion en la capilla propia del Santo en la misma iglesia; se proyectó tambien una restauracion bien entendida de las pinturas del arca y de los leones; pero despues se olvidó el asunto, y quedó en tal estado.

En aquella arca y capilla permaneció el Santo cuerpo hasta que el obispo D. Gutierre de Vargas Carbajal, construyó en 1553 la suntuosa que lleva su nombre contigua la parroquia de San Andrés, y le hizo trasladar á esta con gran solemnidad; pero por discórdias ocurridas entre los capellanes de ambas, solo permaneció en esta unos 24 años, hasta que se cerró y quedó independiente aquella capilla, con puerta á la calle y bajo el título de San Juan de Letran.

Vuelto el Santo á la parroquia al sitio en que antes estuvo, permaneció en él mas de un siglo, hasta que en 1669 se concluyó á costa del rey y de la villa la magnífica capilla bajo la advocacion del mismo San Isidro que hoy admiramos aun al lado del Evangelio de aquella iglesia Parroquial. En ella, y en su altar central, fué colocado el Santo cuerpo con una pompa extraordinaria el día 15 de Mayo de aquel año de 1669: la descripcion de esta suntuosa capilla, ó mas bien templo primoroso, nos llevaria muy lejos de los limites á que por necesidad nos hemos impuesto en este artículo. Baste decir que en las dos piezas de que consta, cuadrada la primera y ochavada la segunda, apuraron sus autores Fr. Diego de Madrid, José de Villareal y Sebastian Herrera, todos los recursos de la mas rica arquitectura, mezclados con todos los caprichos del gusto plateresco de la época, y realizado el todo con be-

llas esculturas, bustos y relieves, magnificas pinturas de Ricci y de Carreño, y una riqueza tal, en fin, en la materia y en la forma, que sin disputa puede asegurarse que es el objeto mas primoroso de su clase que encierra Madrid. Tardó la construcion de esta elegante obra unos doce años: empleáronse en ella 11.960,000 reales suministrados por el rey, por la villa y por los vireyes de Méjico y el Perú. Por último, diremos que en el magnífico altar ó retablo de mármoles que formado de cuatro frentes de columnas se levanta aislado en medio del ochavo ó pieza segunda, se conservó cien años el cuerpo de San Isidro, hasta que trasladado en 1769 de orden de Carlos III á la Iglesia que fué del colegio imperial de los jesuitas, se puso en su lugar una estatua que hoy corona aquel monumento.

Anteriormente en 1620 el gremio de plateros de esta villa consagró al Santo en ocasion de su beatificacion, una urna primorosa de oro y plata y bronce, que aunque obra que adolece del mal gusto de la época, es de gran valor, como que solo la materia sin hechuras ascendió á 46,000 ducados, y dentro de esta urna está la interior de filigrana de plata sobre tela de raso de oro riquísimo que le dió la reina doña Mariana de Neoburg.—En ella reposa el Santo cuerpo, perfectamente conservado, incorrupto, amomiado y completo, pues solo le faltan tres dedos de los pies, y por lo que puede calcularse de su estension (que es mayor de dos varas) debió ser en vida de una estatura elevada. Cubréntele ricos paños guarnecidos de encaje y renovados de tiempo en tiempo por la piedad de los reyes, en cuyas tribulaciones de nacimientos, enfermedades y muertes son conducidas las preciosas reliquias á los reales aposentos, ó espuestas con pompa á la pública veneracion; y á veces tambien, cuando las personas reales, deseosas de implorar la intercesion del

Santo, van á adorar su supulcro, la urna que contiene los preciosos restos es bajada á mano por los regidores de Madrid y colocada sobre una mesa en la sacristía mayor, donde á presencia del Señor Patriarca de las Indias, del vicario eclesiástico, el protector y clero de la capilla real, del Ayuntamiento de Madrid, el conde de Paredes, hoy de Oñate (que cuenta entre los timbres de su casa el descender del piadoso Iban de Vargas, amo de San-Isidro), y de la congregación de los plateros, con hachas verdes encendidas, van entregando todos las llaves que conservan respectivamente de la urna preciosa, y abierta esta y puesto de manifiesto el cadáver, le adoran los reyes, los prelados, corporaciones y demas circunstancias. —Tal ceremonia se verificó solemnemente el día 4 de Marzo de 1847 con ocasión de visitar el cuerpo y cambiar los paños riquísimos que le cubren S. M. la reina madre doña María Cristina de Borbon, y que creemos no habia tenido lugar desde el reinado de Fernando el VI. —El patriarca de las Indias, hoy Cardenal Arzobispo de Toledo, levantó por sus manos los paños, incorporó y dió á adorar el precioso cadáver, y se volvió á colocar y envolver en una rica sabanilla de encajes, cerrando despues la urna y dirigiendo á los circunstantes una breve y patética exhortación; hecho lo cual fué de nuevo subida aquella por ocho regidores de representación de la villa de Madrid, dueña del Santo cuerpo, y colocada en el sepulcro de mármol que descansa en el altar mayor sobre un trono de nubes.

R. DE M. R.

LA SIGEA, NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO V.

Camoens.

Alguno habrá leído la historia de Luis de Camoens: de ese poeta generoso y desgraciado, como Cervantes; de ese valiente guerrero que perdió un ojo en Africa, como Cervantes perdió un brazo en Lepanto, y á quien los portugueses, raza de ingratos, tan ingratos como nosotros, dejaron morir en la miseria para darle despues de muerto el irónico título de *príncipe*! Portugal, desheredado por Apolo, no tenia mas poetas antiguos que los anónimos del romancero, ni mas poetas contemporáneos en el siglo XVI que un español que escribia en portugués y un portugués que escribia en español, esto es: Jorge Montemayor y D. Francisco Saa de Miranda.

El primero gozaba de grande celebridad, mas por el ruido que hacian sus galantes aventuras, que por el de sus lánguidos versos; y el segundo debía toda su reputación á la candidez de sus églogas. Los portugueses aman con locura la poesia pastoril, y D. Francisco llamaba *zagaleja* á la misma reina doña Catalina, la princesa mas digna de la corte de Felipe el Hermoso, y llamaba *zagal* al mismo rey don Juan III, el mas pulido de todos los reyes portugueses, y tambien el que habia llevado gorgueras mas altas y encanutadas.

¡Cielo santo, convertirse en zagales y danzar sobre el *multido cesped* cuando Carlos V no dejaba erocer la yerba de los campos bajo el caldeado casco de sus caballos de batalla! ¡Deleitarse con el *flabil sonido del rabel* y, de la *flauta*, cuando sus cañones atronaban las selvas; dormir *o-bis el arroyuelo de blando murmullo* cuando estaba corriendo á *torrentes* la sangre europea, y recogerse en fin al *pacífico hogar* de la choza cuando la *inquisicion* estaba encendiendo sus hogueras con huesos humanos! ¡Justo Dios, escribir una égloga de *Nemoroso* donde *Sulicio* invita á *Blas* á que cante los desdenes de una soñada pastora, que se habia de llamar *Dafne*, cuando Hernán Cortés conquistaba el mundo que habia descubierto Colon, cuando los esforzados portugueses estaban peleando en Africa y en la India; y quererse llamar poeta, solo le acontece á un clásico como D. Francisco Saa de Miranda!

Por eso nació Camoens: porque el siglo necesitaba de una epopeya; porque los grandes acontecimientos y los grandes poetas se producen al mismo tiempo; porque de nada servirían los héroes si no hubiese quien cantara sus proezas. Camoens habia nacido para cantar la Luisiada. Pero por lo mismo que era un poeta de primer orden no halló gracia con los cortesanos. Los cortesanos no protegían si no á los que valían muy poco; proteger á los que valían mucho hubiera sido una torpeza. Por lo que hace al rey D. Juan III creía de buena fé que D. Francisco era un gran poeta, y Camoens un aprendiz suyo.

Preciso es confesar que las damas ilustradas de entonces, al frente de las cuales se hallaba la infanta doña María, adivinaron mejor que el rey el mérito de Camoens, y se apresuraron á distinguirlo, de manera que escitó bien pronto la rivalidad de todos los caballeros, y particularmente de aquellos que habian sido desairados por Catalina de Attaide, la venturosa dama á quien Camoens amó como Dante á Fran-

cesca. Era Catalina de Attaide sobrina del gran conde de Castanheira, poderoso valido de D. Juan, y uno de los que persiguieron á Camoens con mas encono. Por él estuvo desterrado en *Ribalejo* cuando apenas tenia 16 años; por él se vió precisado á huir dos veces á la India, y á él alude cuando se queja en aquellos tristes versos:

D'un enemigo cru, jurado, injusto,
Que jamais ó offendi, jamais!...

Su única ofensa fué el amar á su sobrina, cuya memoria sustentó el fuego de su ingenio hasta despues de muerta la dama á quien decia:

E vos, ó vida minha, pois curarme
ja nao podeis, deixame juntamente
porque membrandas taés posam deixarme.

Fatigado Camoens de las intrigas y de las calumnias que todos los dias se levantaban contra él, resolvió partir al dia siguiente de esta noche en que le hemos visto despedirse de los literatos en la academia de doña María: pero cuando salió de palacio empezaba en el mar una de las borrascas mas espantosas de que hay noticia en los fastos marítimos. El viento hacia retemblar los vidrios de las ventanas, y se oía como un terremoto el sordo mugir de las olas. El profeta de las aves, el Alecion, pasaba dando penetrantes alaridos, y á su voz multitud de águilas acudian desde la playa á guarecerse en las torres. Mas no obstante lo intempestivo de la hora, lo desapacible del viento, lo medroso de las sombras y el diluvio que amenazaba, una jóven permanecia bajo los árboles del jardin de palacio escuchando con ansiedad todos los ruidos que venían de la parte exterior de la verja.

—¡Dios mio! exclamó la dama oyendo tropezar una espada contra el hierro.

—No temas, vida mia, respondió Camoens saltando por la verja hacia el jardin.

—¡Ay Luis, qué terrible noche!

—¡Magnífica! vengo de la playa. El mar se ha convertido en altas sierras; parece que la máquina del mundo se vá á desbacer en tempestades. Lucha el *Bóreas* con el *Noto*, y rompe las cóncavas velas de los buques, de manera que es imposible navegar. Ambos polos están estremecidos con los rayos que fabrica *Vulcano* para que los vibre sobre nosotros el fiero *Tonante*.... mañana no saldrá la flota.

—¡Ah! ¿por qué te vas á la India?

—¡Por qué me voy! ¡porque tengo un enemigo que ha jurado mi perdición! ¡porque es un poderoso valido y yo soy pobre y no puedo luchar con él!... ¡Qué he de hacer á tu lado mientras sea dueño de tus acciones ese que tú llamas deudo! No puedo ni cruzar tu calle, porque á todas horas me prepara sirvientes suyos que fingiéndose mis rivales me estorvan el paso y cada noche tengo una riña. Poco me importa acuchillarlos si no fuera por el escándalo que causan estas cuchilladas, cuyo origen averiguan los ociosos y pueden esponer tu fama. ¡Que me llamen cobarde, pero que no murmuren de tí!

—¡Y qué murmuran de mí!

—Pues si hubieran murmurado, Catalina, ¿tendrían ya lengua?

¡Estúpidos! prosiguió el poeta con una risa amarga: tienen riqueza y poder, y me aborrecen porque no consagro mi musa á elogiar sus nombres; ¿qué les he pedido yo para que quieran hacerme tributario de su vanidad?

—¡Ay, no te irrites!

—Sí, me irrito justamente: porque no puedo castigar sus injurias; porque los busco y se esconden; porque los desafío y me envían á sus esclavos; porque dicen que son nobles y son....

—¡Silencio, Luis, silencio!

—¡Oh! ellos han amargado para siempre mi juventud; ellos han hecho brotar el ódio donde germinaba la amistad... ¡Ay, cuánto he sufrido!

Camoens apoyó el brazo contra la verja, inclinó la cabeza sobre el pecho y se entregó á una de las grandes preocupaciones que le asaltaban siempre que estaba cerca de Catalina. Esta quiso consolarle, pero la rechazó. Las heridas que los cortesanos habian hecho á su alma se exasperaban en presencia de su amada. Por mas que Catalina lo recibía siempre con la misma ternura, Camoens se revestia de un tono altivo y hasta duro, temiendo parecer humillado.

Los epítetos de *coplista* y de *pobreto* estaban resonando continuamente en sus oídos, y le devoraba el deseo de vengarse conquistando gloria y riquezas.

—¡No me amas! exclamó Catalina echándose á llorar.

A este acento, á estas lágrimas, Camoens se estremeció como si hubieran sacudido todos sus nervios á la vez. Puso su mano en la frente de Catalina para hacerla levantar la cabeza y ver sus lágrimas; pero como la oscuridad no lo permitía, golpeó con su planta el suelo y gritó:—¡Dios de las tormentas, mandadme luz, aunque sea la del rayo! Poco tardó en oirse en las nubes su loca invocación, porque dos ó tres relámpagos seguidos vinieron á iluminar el rostro de Catalina.